

Palabras mayores

Juan V. Fernández de la Gala*

Los lectores de *Panace@* somos gente extraña. Formamos una grey diversa y variopinta donde caben traductores técnicos, lexicólogos de variada calaña, puntillosos revisores y correctores de estilo, lexicógrafos, lexicófilos o simples profesionales de las ciencias biomédicas interesados en el lenguaje. ¿Pero pueden tener tan diversas gentes algún interés común? Por lo pronto, muchos panaceicos aciertan a ejercer meritoriamente varias de estas ocupaciones al tiempo, lo cual parece una prueba sólida de que algunas son actividades conciliables y hasta superponibles. En segundo lugar, a todos ellos les apasionan las palabras y acuden a cada nuevo número de *Panace@* con el interés renovado de encontrar aquí, una vez más, recursos, reflexiones o inquietudes compartidas.

En serio, yo creo que los lectores de *Panace@* somos gente extraña. Porque el hecho de que los científicos se interesen por el lenguaje o los lingüistas por la ciencia no deja de ser un desafío y una amenaza a los planes de estudio, que han sabido marcar hasta hoy, para tranquilidad de todos, muy netos límites entre las ciencias y las humanidades. Un día, en la más tierna adolescencia, nos colocaron a todos ante la rotunda disyuntiva: ¿ciencias o letras? Y esta elección, aparentemente banal, condicionará ya todo un futuro educativo y desembocará casi siempre en un particular modo de entender el mundo. Marcadas las barreras, ya no será fácil saltárselas impunemente.

Quienes lo intentan son pocos, quizá porque —como denuncia Snow¹— entre las ciencias y las humanidades los siglos han trazado un abismo de incomprensiones mutuas. Y los escasos transgresores de este abismo reciben a veces la misma mirada de sospecha que yo mismo recibí —perdonadme que lo cuente— cuando la semana pasada me metí por error en el aseo de señoras de una cervecería. Comprendo que el símil no es muy elegante, pero, a cambio, resultará clarificador. Cuando empujé la puerta y apenas asomé la cabeza, hubo miradas de todo tipo: las más leves, de recelo; las más graves, de reproche. Y es que los lectores de *Panace@* somos gente extraña que no sabe leer en las puertas y se equivoca, claro. O, peor aún, gente promiscua a la que le gustaría hacer agujeros (y hasta ventanas) en algunos tabiques.

Incluso en los modos de hablar, cuando creemos que algún colega se pierde en palabrería inútil, solemos decir despectivamente que está «haciendo literatura». La expresión no puede ser más maliciosa. O cuando, obligados por la necesidad de comunicar, muchos profesionales de la ciencia se acercan hoy al lenguaje y sus recursos, buscando una comunicación más eficaz, casi siempre lo hacen exhibiendo la coletilla disculpatoria del «bueno, ya sabes tú que yo no soy de letras».

En medicina esta estrechez de miras es especialmente grave, si tenemos en cuenta que el acto médico es, esencialmente, un acto de comunicación y que una mala anamnesis es, sin

duda, el camino más corto para estrellarse en el diagnóstico. Siendo estudiantes, entre el trajín de las aulas y el hospital, muchos aprendimos a auscultar, pero no a escuchar.² Además, las palabras del enfermo, tan sujetas a la subjetividad del sufriente, a la exageración del dolor o al desconocimiento elemental de los mecanismos fisiopatológicos, parecían confundir más que ayudar y, para nuestra desesperación, jamás coincidían con las claras descripciones de los textos de medicina interna. Por eso, el hallazgo de un solo signo nos parecía entonces tan luminoso que ensombrecía, con su objetiva rotundidad, la mejor colección de síntomas que nos ofreciera el paciente. Aprendimos también que si alguno de ellos cuestionaba el menor punto del diagnóstico o del tratamiento, un buen chorro de terminología afilada o de arrojadiza palabrería, lanzado a la cara oportunamente, podría resultar suficientemente disuasorio. Es decir, aprendimos a desconfiar de las palabras y, peor aún, a encaramarnos a ellas para parecer más listos.

En mi caso, fue después cuando, de la mano —y del ejemplo— de un médico rural, llegué a ser consciente de la gravedad de esta carencia. Equivocándome, aprendí, tarde y mal, que la herramienta principal del médico no eran el fonendoscopio ni el depresor lingual, sino las palabras; las palabras pronunciadas con honestidad. Lo que resultaba extraño era que, en las facultades de Medicina, esta habilidad de la comunicación no fuera analizada con la misma profundidad que las otras herramientas del arsenal diagnóstico o terapéutico que suelen llevarse en el maletín. Y más extraño aún que en el currículo de los licenciados no se articulase ninguna reflexión seria y cabal sobre el lenguaje y sus recursos y sobre el modo en que las palabras han permitido construir y comunicar la ciencia.

Como signo de esta misma carencia, resulta también lacerante constatar el número de pacientes que se quejan de que no entienden a su médico. A veces porque ni siquiera hay tiempo en la consulta para colocar los andamios de la comunicación más elemental, otras porque la información viene encriptada tras las frondas de una palabrería técnica que el paciente desconoce, y sale de allí aturrido en lugar de informado. Y no es infrecuente malinterpretar entonces que esta ausencia de palabras cercanas pueda ser reflejo de otra ausencia: la ausencia afectiva del médico; o peor aún, reflejo de su incompetencia profesional.

Ya desde el título de una de sus obras más conocidas, nuestra compañera Bertha Gutiérrez Rodilla, directora de *Panace@*, nos recuerda lo que tendría que ser una obviedad: que «La ciencia empieza en la palabra».³ No solo porque gran parte de la tarea de una ciencia pasa por designar y describir los objetos de estudio que le son propios (pensemos en Linneo, por ejemplo, que sentó las bases de la nomenclatura y la taxonomía biológicas), sino también porque, a lo largo de su historia, la

* Médico, El Puerto de Santa María (Cádiz, España). Dirección para correspondencia: delagala@telefonica.net.

ciencia se construye, se elabora, se cuestiona y se difunde por medio de la palabra. El lenguaje científico es, esencialmente, preciso, conciso y neutro. Se esfuerza por ser preciso huyendo de sinonimias y polisemias, procura ser todo lo conciso que la claridad le permite ser y aspira a mantenerse libre de connotaciones emocionales o ideológicas que comprometan su neutralidad esencial. Así pretenden ser las palabras de la ciencia: escuetas, biunívocas y emocionalmente asépticas.

Sin embargo, divulgadores, periodistas y educadores saben que cada vez es más urgente encontrar modos eficaces y motivadores de comunicar los conocimientos científicos a la población general. Y llegado este momento, los profesionales de la ciencia deberán estar dispuestos a dar unos pasos más allá del círculo íntimo de sus hábitos de lenguaje, de acudir a otros recursos y a otros registros que permitan divulgar. Ciertamente, sin desvirtuar el contenido de lo que se dice, pero asumiendo que la divulgación puede poner en riesgo la precisión, la concisión o la neutralidad del mensaje.

Así son las palabras: útiles y traicioneras, instrumentos de la precisión o de la demagogia, alentadoras o disuasorias, acariciadoras o contundentes, vehículos de comunicación o armas arrojadas. Su prestigio lo decide muchas veces la intención de quien las pronuncia o el ánimo de quien las escucha. En turco, por ejemplo, se utiliza paradójicamente el término *palavra* para designar la mentira o la vana palabrera del embaucador. La voz está tan plenamente asumida por este idioma que sufre incluso las desinencias habituales de la derivación, y así *palavracı* significa embaucador o embustero. El término parece una herencia del portugués o del español, y para otros, quizá del dialecto véneto italiano. El escritor Juan Goytisolo⁴ apunta una curiosa explicación: en tiempos del Estambul otomano, los numerosos comerciantes extranjeros, establecidos

en el populoso barrio de Gálata, utilizaban una especie de *sabir* o *lingua franca* compuesta de palabras francesas, italianas, árabes, turcas, griegas y también castellanas, portuguesas y catalanas. Muchas de ellas sobrevivieron a las reformas idiomáticas de Atatürk y persisten en el turco de hoy. De este hecho, aparentemente anecdótico, podemos deducir dos cosas: primero, el escaso valor que tendría por entonces la «palabra de honor» dada por un comerciante —no sabemos si español, portugués o italiano— para haberse acuñado de forma tan indeleble esta vergonzosa moneda de cambio. Pero, sobre todo, nos habla de la sorprendente plasticidad de las palabras, que son capaces de atrapar entre sus sílabas hasta la ironía y el sarcasmo de los hablantes.

En fin, andamos ya muy hartos de lidiar cada día con falsas palabras, palabras podridas, medias palabras, palabras coaguladas, palabras eco, palabras calco, palabras perfumadas y hasta palabras pódium donde uno se sube para parecer más alto. Por eso me alegra encontrarme periódicamente en *Panace@* palabras honestas y personas que sienten pasión por las palabras. Gente que corrige, revisa, recopila, reflexiona, traduce y comunica sólo por amor a las palabras, por puro amor a las palabras.

Notas

1. Snow, C. F. (1977): *Las dos culturas y un segundo enfoque*. Madrid: Alianza.
2. El contrasentido es aún mayor si pensamos que el verbo latino *auscultare* significa justamente ‘escuchar con atención’.
3. Gutiérrez Rodilla, B. M. (1998): *La ciencia empieza en la palabra. Análisis e historia del lenguaje científico*. Barcelona. Península.
4. Goytisolo, J. (1990): *Estambul otomano*. Barcelona: Planeta, Círculo de Lectores.

